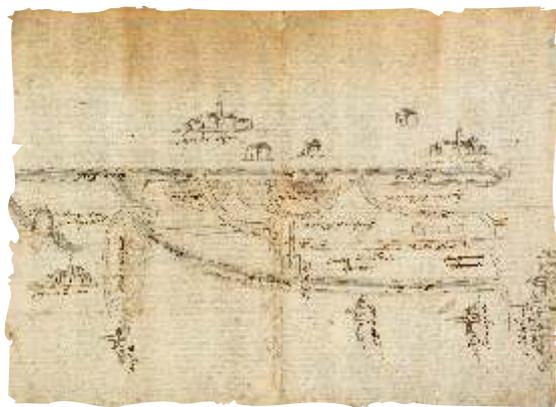




**GIRONA EN
LA ÉPOCA MODERNA
DEL OBRADOR AL BALUARTE
(SIGLOS XVI - XVIII)**

Girona fue una de las capitales más importante del Principado de Cataluña en la Edad Moderna, aunque en el transcurso de este periodo fuera perdiendo importancia relativa, al menos en términos demográficos. A partir de la segunda mitad del s. XVII y especialmente a raíz de las reiteradas guerras contra Francia, la ciudad empezó a adoptar la función de fortaleza estratégica, dejando atrás el carácter bullicioso de una ciudad especializada en la producción de tejidos de lana, hasta acabar convertida en una capital militar en la segunda mitad del s. XVIII.

DEL OBRADOR AL BALUARTE: he aquí la historia de una transición.



Vista de Girona, anónimo
Mapa manuscrito del río Ter entre Bescanó, Sant Gregori y Girona, 1750.
Detalle de Girona amurallada
(Instituto Cartográfico de Cataluña)

A pesar de tratarse de una evocación idealizada, el autor de esta vista de Girona, con fecha aproximada de 1750, define con sencillez los rasgos más característicos del perfil urbanístico de la ciudad: la muralla con sus puertas y baluartes distribuidos asimétricamente a lo largo de su perímetro, la fina aguja del campanario de la iglesia de Sant Feliu y el rotundo cilindro del campanario de la catedral.

La ciudad de siempre...

La Girona moderna apenas creció en trescientos años y mantuvo su morfología urbana prácticamente intacta. En esta época, los ríos todavía constituían los ejes principales de la ciudad: el Onyar, que separaba el arenal del Mercadal del casco antiguo apiñado alrededor de la catedral; el Galligants, que atravesaba perpendicularmente el antiguo arrabal de Sant Pere; y el Ter, que se unía al Onyar fuera del recinto amurallado en su curso hacia Pedret y Pont Major.

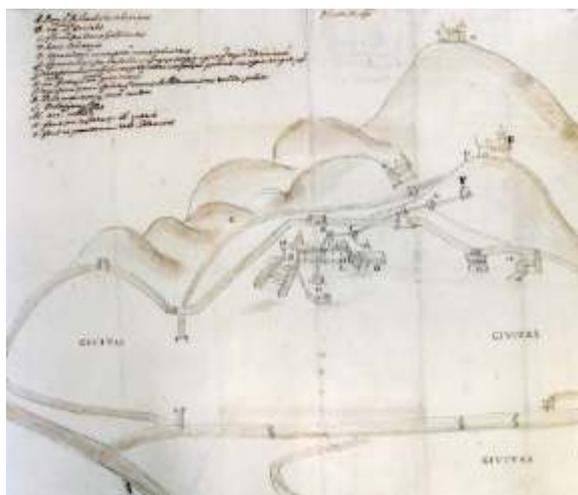
La distribución de la población tampoco experimentó cambios significativos. A mediados del s. XVII, dos de cada tres gerundenses vivían en el casco antiguo.



dibujo de J. Sagrera

Asimismo, el modelo medieval seguía marcando la geografía de las actividades. El tráfico comercial se desarrollaba íntegramente en las plazas y calles meridionales del casco antiguo, como recuerda la toponimia de la ciudad: las plazas del Oli (aceite), del Vi (vino) o de las Cols (coles), ubicada en la parte baja de la Rambla, y las calles Platería, Ferreries y Mercaders son una buena muestra de ello.

Los menestrales y obradores, en cambio, estaban asentados en la parte más alta, en la periferia: los canteros, en Pedret, y los zurradores y curtidores, en la plaza de Sant Feliu y el burgo de Sant Pere. Los tejedores y pelaires se distribuían por toda la ciudad. El núcleo político fluctuaba aún entre la catedral, sede de la mitra y del cabildo, y la casa capitular ubicada en la plaza del Vi, pasando por la calle de la Força y la calle Ciutadans, en la que residían desde siempre los ciudadanos poderosos y ennoblecidos.



Plano de Joan Cisterna, s. XVI **Archivo Capitular de Girona (ACG)**

El abastecimiento de agua fue una de las mayores preocupaciones de las ciudades desde la Antigüedad.

El plano de Joan Cisterna que se conserva en el Archivo Capitular de Girona detalla con bastante precisión las canalizaciones que conducían el agua hasta la parte alta de la ciudad.

A pesar de lo esquemático del dibujo, se pueden distinguir varios elementos como el pozo de la plaza de los Apóstoles, la fuente de la plaza Lledoners y el perfil de la catedral antes de su última y definitiva reforma barroca.

La población (ss. XVI-XVIII)

A pesar de la oleada inmigratoria de origen francés que se produjo en la segunda mitad del s. XVI, la población gerundense, diezmada por las calamidades de la época medieval, tardó en recuperar su crecimiento. No fue hasta las primeras décadas del s. XVII cuando la ciudad alcanzó de nuevo los cerca de ocho mil habitantes registrados en la segunda mitad del s. XIV, aunque no por mucho tiempo, ya que la peste de 1651 y las sucesivas guerras contra Francia de la segunda mitad del s. XVII hicieron mella de nuevo en la población. A principios del s. XVIII, la ciudad contaba con unos cinco mil habitantes, prácticamente la misma cifra que doscientos años atrás. Sin embargo, en la segunda mitad del s. XVIII, llegó a doblar su número (hasta 8.000 o incluso 10.000 habitantes, según algunas estimaciones), siempre gracias a la inmigración, en este caso, comarcana.

TRABAJO(S)

Girona, capital pañera

A comienzos de la Edad Moderna, la manufactura textil y el trabajo de la piel y los metales constituían las actividades principales de la ciudad. En la segunda mitad del s. XVI, estos tres sectores ocupaban a más de la mitad de la población activa censada, a la que se sumaban mercaderes, comerciantes, maestros de obras y carpinteros con una representación de entre el 20 % y el 25 % del total. Sin embargo, Girona era en aquella época una capital fundamentalmente pañera, es decir, una ciudad especializada en la fabricación de tejidos de lana de diversa calidad y consistencia, una especialización que se incrementó a partir de mediados del s. XVI. Dos de cada tres trabajadores del sector textil eran entonces pelaires, cardadores y tejedores, una proporción que con el paso del tiempo empezó a menguar hasta quedar reducida a uno de cada dos. Los demás oficios revestían un carácter más mercantil y se dividían en comerciantes de paños, sastres y calceteros. Todos los oficios se agrupaban en sus gremios correspondientes.



La Taula de Canvi (Mesa de cambio)

Los densos y voluminosos libros de la Taula de Canvi, una institución financiera fundada en 1568, son un compendio de las actividades y los intercambios que se llevaban a cabo en la ciudad de la época. Además de «balancets» (balances pequeños) y cuentas dispersas, la serie documental incluye los Manuals de la Taula, en los que se registraban las operaciones diarias, y los justamente llamados Llibres majors (libros mayores), en los que figuraban las cuentas corrientes pertinentes.

El comercio exterior

Mapa del comercio exterior de la ciudad de Girona según el Manual de la Taula de 1587 y algunos manuales notariales del s. XVI. De Brasil se traían «azúcares»; de Túnez, cuero; de Cádiz, atún; y de Aragón, lana de calidad, mientras que el pastel o glasto, un tinte de origen vegetal, procedía de los alrededores de Toulouse de Languedoc. En cuanto a las exportaciones, destacaba el envío de tejidos gerundenses a varias ciudades del Mediterráneo central (Palermo y Alguer) y oriental (Alejandría).

Ciudad de gremios

Al igual que otras ciudades catalanas de este periodo, a partir de comienzos del s. XVII Girona sufrió un proceso de desindustrialización acelerada provocada principalmente por dos factores: por una parte, la competencia de los tejidos procedentes del Atlántico, de las llamadas nuevas pañerías, sobre todo de Inglaterra y los Países Bajos, y, por otra, la ruralización y concentración de la manufactura textil catalana fuera de la capital (Anoia, Osona, Olot y sus alrededores).



En este sentido, la estructura de oficios de la ciudad es muy reveladora: el número de trabajadores textiles experimentó una dramática disminución que llevó a la total desaparición de los oficios de carácter manufacturero mientras proliferaban comerciantes, sastres y sombrereros. También creció el sector de la construcción y el sector alimentario inició una significativa diversificación con la aparición de los primeros «fideeros» a finales del s. XVII.

Zapatero, Inicios s. XIX

Loza, producción de Barcelona // Md'A-Museo de Arte de Girona 251.916

ARISTOCRATIZACIÓN

Piedras y documentos

La aristocratización urbana y municipal fue un proceso doble y simultáneo: por un lado, la repentina instalación en la ciudad de los señores de los feudos vecinos y, por otro, el ascenso social y el deseo de ennoblecimiento de los miembros más prósperos de la burguesía mercantil local, que habían hecho fortuna gracias al comercio a larga distancia y que tampoco despreciaba, más bien todo lo contrario, la renta de la tierra, como demuestran sus reiteradas adquisiciones de masías de los alrededores. De esta fusión de élites surgió un patriciado local formado por caballeros-negociantes y negociantes-caballeros que quiso dejar constancia de su preeminencia en piedras y documentos, dejando un extenso legado compuesto por casas y escudos heráldicos, títulos nobiliarios o de ciudadano honrado, libros de actas de carácter corporativo o, en el caso de la Iglesia, aunque no por ello menos aristocrática, lápidas de canónigos o cartas de profesión.



Carta de profesión de Emmanuela de Cruilles, 1709

Archivo del monasterio de Sant Pere de les Puel·les

La Regla de San Benito estipulaba que, una semana antes de profesar, la novicia podía comenzar a decorar su carta de profesión. Una de las cartas más bellas que se han conservado es la de la monja gerundense Manuela de Cruilles i Sarriera (1709) del monasterio de Sant Pere de les Puel·les en Barcelona.

Municipio

El gobierno de la ciudad se regía desde hacía tiempo, basándose en un privilegio real concedido en 1345, mediante el llamado sistema de insaculación o matrícula de ciudadanos honrados de los tres estamentos o manos (mayor, mediana y menor) y la elección anual y ponderada (es decir, a favor más bien de la mano mayor) de un cierto número de jurados (seis desde el principio y solamente cuatro tras la reforma municipal de 1576). Sin embargo, fruto de la doble presión de la nobleza urbanizada y sus «parientes» los cives o patricios locales, en 1601 el gobierno municipal acabó admitiendo en su seno, y siempre dentro de la mano mayor, por supuesto, a los nobles o «militares» (como también solían denominarse), a quienes se garantizó a partir de entonces uno de los dos puestos de jurado de la mano mayor, mientras que las manos mediana y menor tuvieron que conformarse con un solo puesto cada una. La aristocratización de la ciudad había llegado, pues, al municipio.

En las calles, mientras tanto, caballeros de antigua estirpe y nuevos ricos ennoblecidos se reunían para celebrar justas y fiestas en la plaza del Vi, organizadas por la cofradía nobiliaria de San Jorge.



Libro matrícula de insaculados del Consejo de la ciudad de Girona 1616

*Papel y cubiertas de cartón forradas de cuero
AMGI-Archivo Municipal de Girona,
Llibres d'insaculats (1144-vigent)*

ÁMBITO II: GIRONA, DENTRO Y FUERA

La fisonomía de la ciudad. Cambios y permanencias de la ciudad

El aspecto de Girona en la época moderna permaneció fiel al denso entramado urbanístico medieval, perfectamente delimitado por el perímetro de las murallas que Pedro III el Ceremonioso mandó construir a mediados del s. XIV, sin apenas alteraciones. Los pocos cambios introducidos se concentraron fundamentalmente en las estructuras defensivas, que se ampliaron y reforzaron a medida que la tecnología armamentística lo requirió, y en las grandes edificaciones, que acabaron transformando la silueta de la ciudad. Si a principios del s. XVI el perfil del campanario de Sant Feliu eclipsaba la nave inacabada de la sede gótica, a finales del s. XVIII la fachada barroca de la catedral, flanqueada por su flamante campanario y majestuosa escalinata, desplegaba su recién estrenada modernidad por encima de los viejos caserones medievales.

La transformación barroca

Dejando a un lado las empresas militares, las grandes transformaciones arquitectónicas de la ciudad surgieron de la iniciativa de los obispos y los priores de los conventos y monasterios gerundenses. Sin ir más lejos, los obispos Pijoan y Fageda promovieron la finalización de la nave gótica de la catedral y la construcción de su imponente fachada barroca; los canónigos Agullana y Cassart -benefactor el primero de la instalación de los jesuitas en la iglesia de Sant Martí Sacosta y promotor, el segundo, de la construcción de la nueva la iglesia del hospital de Santa Caterina- o los beneficiados de la Sede, que levantaron la capilla de Sant Lluç extramuros rivalizaron con las constantes iniciativas impulsadas por las cofradías laicas y las del propio municipio. La figura más recordada, sin embargo, es la del obispo Miquel Pontich, promotor de numerosas obras por todo el obispado y responsable de la finalización de las escalinatas de la catedral, realizadas por el contratista de Vic Pere Casas.

Girona en el s. XVIII

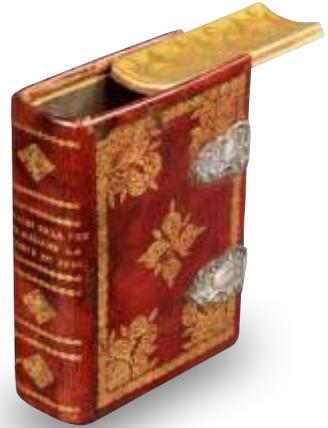
Las ordenanzas municipales sobre reparación de edificios de 1720 pusieron orden al urbanismo de la ciudad, afectado por la creciente necesidad de construir cuarteles destinados a albergar tropas regulares o a reforzar y reparar las dañadas estructuras de defensa. Asimismo, el impulso económico posterior a la Guerra de Sucesión permitió la renovación de casas, la ampliación de algunos grandes centros y la restauración de iglesias y conventos. Gran parte de aquella ferviente actividad constructiva fue asumida por la estirpe de canteros y maestros de obras Soriano y Cisterna.

Sin embargo, fue el obispo Tomás de Lorenzana quien ultimó la escenografía barroca de la ciudad con la construcción del Hospicio y de la capilla de Sant Narcís, ambos proyectos vinculados al ideario académico del arquitecto Ventura Rodríguez.

De puertas adentro

Las casas señoriales de la pequeña y mediana nobleza, así como de los terratenientes y hacendados que poco a poco fueron instalándose en la urbe, se sometieron a numerosas transformaciones y ampliaciones. Sin embargo, hoy en día apenas quedan vestigios de la rica decoración de sus interiores, seguramente en forma de tapices, pinturas murales con ciclos iconográficos bíblicos o mitológicos, muebles de la época y otras piezas decorativas.

En realidad, el único testimonio de los nutridos inventarios *post mortem* o las descripciones de dietarios, crónicas de viajes, memorias y fuentes documentales diversas son los grabados de la época y alguna que otra pieza suelta en mil y una colecciones.



Delices de la nez,
s. XVIII
Colección Ramón Mascort

Y si la memoria física de aquellos objetos es prácticamente inexistente, de la sensorial aún poseemos menos detalles. El paso del tiempo ha barrido el recuerdo de la música, las sensaciones, los sonidos y los olores que llenaban de vida el interior de las casas y las calles de la ciudad.

ÁMBITO III: GUERRA Y FORTIFICACIÓN

Girona, baluarte

La Guerra de los Segadores o de Secesión de mediados del s. XVII (1640-1659) y su desenlace afectaron de manera inmediata a la ciudad de Girona. Con el traspaso del condado del Rosellón y Perpiñán a la corona francesa, estipulado en el Tratado de los Pirineos de 1659 entre Francia y España, se produjo el acercamiento de la frontera política y militar entre ambas monarquías a la ciudad Girona. A partir de ese momento se emprendió la fortificación sistemática tanto de la ciudad como de la montaña de Montjuïc. En primer lugar se construyeron los baluartes urbanos del Mercadal (1654-1655): los de Santa Clara, Sant Francesc y Areny, y en la flanco sur, el de la Mercè. Posteriormente se erigió el castillo de Montjuïc, finalizado después de 1675, y su ulterior circuito de torres de defensa (Sant Juan, Sant Narcís, Sant Daniel y Sant Lluís), así como el fuerte del Condestable, tanto o más decisivo desde el punto de vista estratégico.



Portal de Figuerola desde el interior

Jaume Pons Martí, 1873-1905

Oleo sobre tela

Md'A-Museo de Arte de Girona 250.209

La demolición de buena parte de las murallas, baluartes y portales de Girona, que tuvo lugar durante el s. XIX hasta bien entrado el s. XX, borró para siempre uno de los elementos más característicos de la Girona moderna.

Las dos obras de Jaume Pons Martí incluidas en la exposición son una muestra, no exenta de cierto aire costumbrista, del portal de Figuerola, que cerraba la ciudad por el sector del Mercadal, a la altura del actual edificio de Correos.

Sant Narcís y las moscas

El famoso milagro de Sant Narcís y las moscas, supuestamente acaecido durante el verano de 1285 en pleno asedio de la ciudad de Girona por las tropas del rey francés Felipe el Atrevido, perdió su sentido original (la alianza divina del rey Pedro contra los intereses pontificios y francófonos) y adoptó un nuevo significado que condenaba la acción sacrilega de las tropas invasoras que profanaron el sepulcro del santo. No es de extrañar, por lo tanto, que el poder milagroso atribuido al santo se rememorara de nuevo

años más tarde en el asedio de las tropas francesas a la ciudad durante el verano de 1653. Sin tener en cuenta el efecto del calor sobre los cuerpos sin vida de los soldados caídos en el campo de batalla, un acta notarial hecha por soldados franceses en Sant Feliu de Guíxols insistió en el carácter extraordinario del comportamiento de las moscas y, por supuesto, de la derrota.

Aquella acta, difundida por los gerundenses en varias ciudades españolas a través de la imprenta, sirvió para poner en valor al mártir gerundense.

Es por ello, que desde finales del s. XVI y a lo largo del s. XVII se sucedieron las iniciativas para promover su culto y advocación en toda la península. Así, el obispo Jaume Cazador encargó una hagiografía del santo en latín y a finales del s. XVI, nobles como Diego de Rocabertí o Francisco de Cartellà mostraron su interés por la acción milagrosa de los tábanos. La canonización del santo se produjo en 1638 y en 1680 se consiguió extender su culto a todos los territorios de la monarquía hispánica.



**Reliquiario de Sant Narcís,
s. XVIII**

MHG-Museo de Historia
de Girona 02389

La Guerra de Sucesión española

A principios del s. XVIII, la Guerra de Sucesión por la corona de España entre los Austrias, apoyados por el bloque aliado anglo-luso-holandés, y los Borbones franceses (1705-1714) acabó por convertirse en una lucha por la defensa de las instituciones y las libertades catalanas. Parece ser que inicialmente en Girona, al igual que en otras poblaciones catalanas, no predominaba el sentimiento «austracista», es decir, en defensa del archiduque Carlos de Austria. En 1705 la ciudad estaba más bien entregada al pragmatismo. Sin embargo, con el paso del tiempo y la instalación de la corte archiducal en Barcelona esto cambió. Una muestra de ello es la solemne estancia de Carlos III de España en Girona, en la casa Solterra, en 1710 (con excursión incluida al santuario de Àngels).

No obstante, en la segunda fase del conflicto, la ciudad y sus fortificaciones sucumbieron ante la ofensiva del ejército borbónico, que con 18.000 soldados a las órdenes del duque de Noailles asaltó y tomó Girona a principios del año 1711, poniendo fin a la resistencia de un puñado de tan solo 2.000 hombres. De hecho, el castillo de Montjuïc ya había capitulado a finales del año anterior permitiendo a las tropas francesas la instalación de una batería de veinte cañones en el Puig d'en Roca. De nada sirvió tampoco el contrasitio o bloqueo austracista iniciado el mes de abril del año siguiente, que fue levantado a finales de ese mismo año por el duque de Berwick, que se presentó en Girona con un ejército de 20.000 hombres.

CRONOLOGÍA DE LA GUERRA

Cronología	LA GUERRA DE SUCESIÓN EN GIRONA (1705-1718)
1705	
Septiembre	El gobernador militar de Girona denuncia ante los aliados la falta de soldados para defender la ciudad.
Octubre (12)	Girona se une a las tropas del archiduque Carlos. Persecución de filipistas en la ciudad.
1710	
Enero (14)	Visita del archiduque Carlos a la ciudad de Girona.
Diciembre (14)	El duque de Noailles, militar borbónico, prepara el sitio de Girona desde Cervià. Cuenta con un ejército de 18.000 soldados para enfrentarse a 2.000 defensores.
Diciembre (29)	Capitulación del castillo de Montjuic.
1711	
Enero (9-12)	La crecida del río Onyar inmoviliza temporalmente a las tropas borbónicas.
Enero (25)	Girona se rinde ante las tropas borbónicas.
1712	
Abril-diciembre	Tropas austracistas asedian la ciudad.
Diciembre (15)	El mariscal Stahremberg está a punto de tomar la ciudad; sin embargo, la llegada de refuerzos franceses le obliga a levantar el sitio.
1716	Promulgación del decreto de Nueva Planta.
1718	Cédula Real sobre el nuevo régimen municipal de la ciudad.

Un municipio de Nueva Planta

El decreto de Nueva Planta (1716) promulgado por Felipe V acabó con el modelo de gobierno urbano tradicional -la insaculación de manos urbanas- y significó la entrega del municipio -ahora, ayuntamiento- a un puñado de concejales prácticamente vitalicios, nombrados directamente por el monarca o por su representante, el capitán general, y elegidos entre la oligarquía local de probada lealtad borbónica. La victoria filipista también supuso la introducción de una nueva contribución de carácter patrimonial y personal: el detestable e inicialmente muy oneroso catastro, que se sumó a las tradicionales cargas fiscales.

Simultáneamente la ciudad se vio desbordada por la llegada masiva de soldados, que, según algunas fuentes, en 1723 llegaron a sumar hasta 3.000 en una ciudad que apenas contaba con 5.000 habitantes. En consecuencia, Girona tuvo que lidiar durante décadas con un importante problema de alojamiento militar que intentó subsanar con la construcción de más cuarteles como los de Santa Clara y los Estudios (1723), y posteriormente, los de Sant Agustí (1727) y los de Sant Pere (1729). Finalmente, la autoridad militar optó por una conmutación en dinero del alojamiento doméstico.

ASISTENCIA

Uno de los espacios más significativos de la trama urbana gerundense de la época moderna, además de los numerosos conventos y cuarteles, fue el destinado a la asistencia hospitalaria y caritativa. Desde la casa de la Pia Almoina medieval, ubicada en la plaza de la Catedral, hasta el hospital de Santa Caterina y el Hospicio Real, el universo médico y asistencial fue una necesidad constante de los gerundenses, especialmente con la llegada de las hambrunas y epidemias que trajo consigo el convulso s. XVII.



**La peste de 1651:
morberías y
lugares de acogida**

ÁMBITO IV: CIELO Y TIERRA

CULTO

La religión: cara...

La religión estaba presente en prácticamente todos los ámbitos de la vida de la Girona moderna. La ciudad era capital diocesana y la Iglesia era la gran propietaria enfiéutica del suelo urbano desde hacía tiempo.

Su influencia, sin embargo, se acentuó a raíz de la llamada Contrarreforma o Reforma Católica iniciada hacia la segunda mitad del s. XVI, y que en Girona, al igual que en todas partes, supuso, tarde o temprano, la implantación en la ciudad de las órdenes religiosas tridentinas más insignes: los jesuitas (1581), apadrinados por Agullana, los capuchinos (1581), los agustinos (1584), los carmelitas descalzos (1591) y los mínimos de San Francisco de Paula (1611), ayudados por una aristocracia local que tampoco descuidaba sus obligaciones con la Iglesia.

... y cruz de la misma moneda

Asimismo, la religión era al mismo tiempo el cañamazo, o incluso la excusa se podría decir, de la sociabilidad urbana, aristocrática o popular, así como de la fiesta cívica, intencionadamente interclasista, a pesar de la inevitable jerarquización estamental. Las cofradías devocionales laicas, bajo tutela eclesiástica, pero formalmente independientes, reunían a caballeros, mercaderes y artesanos bajo una misma advocación religiosa, fomentaban la caridad entre los cofrades y desfilaban siempre al principio (o algo más atrás, según el rango establecido) de todas las procesiones locales, que eran tanto una señal del peso de la religión como una forma de socialización cívica, bendecida por el gobierno municipal, además de la Iglesia.

LA MUERTE BARROCA

Tras la reforma tridentina, la Iglesia se centró en poner orden en algunos aspectos que la misma institución veía alejados de la nueva ortodoxia que se pretendía instaurar, ya fuera por las denuncias que había recibido de los movimientos reformistas, como por la venta de indulgencias, por ejemplo, o por las tradicionales formas de expresión de la religiosidad popular como el culto y el comercio de reliquias, idolatrías, etc. Uno de los aspectos en el que puso mayor énfasis fue precisamente la salvación, es decir, la función de la Iglesia como mediadora y garante de la redención del alma humana.

En este tránsito, el Concilio de Trento (1545-1563) ratificó la existencia ineludible del purgatorio para aquellas almas que, a pesar de conseguir la salvación, hubieran cometido pecados leves no perdonados o agravios no satisfechos en forma de penitencia. Este control de la Iglesia sobre la vida y la muerte se reforzó a menudo con el poder evocador de las imágenes.



Fragmentos de un novenario de almas del s. XVIII

Museo Comarcal de Manresa

El Día de Difuntos era la fecha señalada en el calendario litúrgico para recordar el sentido y el valor del purgatorio. A partir de ese día y durante las nueve noches siguientes de la primera semana de noviembre, las iglesias instalaban los novenarios de almas, unas estructuras efímeras que pretendían ser una representación visual del espacio conceptual del purgatorio y que, en realidad, reflejaban dos conceptos: la muerte y la redención.

El primero, casi siempre representado por esqueletos o alegorías del paso del tiempo -un recordatorio del concepto religioso **vanitas** tan característico del Barroco- ratificaba la irreversible caducidad de la vida; la muerte, al fin y al cabo, no hacía distinciones entre ricos y pobres, y actuaba de gran «igualadora» en una sociedad fuertemente estamental.

El segundo se evocaba a través del dolor de los sufrientes consumiéndose entre llamas. Era un mensaje para los vivos y, al mismo tiempo, un recordatorio de que existía un camino para hacer más corta la estancia en el purgatorio consistente en el sufragio de misas de difuntos o en la práctica de la caridad y la limosna. Con todo, la vida eterna también era posible con el logro de la indulgencia plenaria -el perdón total- a través de la oración, la comunión o el perdón, siempre administrado por la Iglesia.



Mujer (alegoría de la belleza), Finales s. XVIII- Principios s. XIX

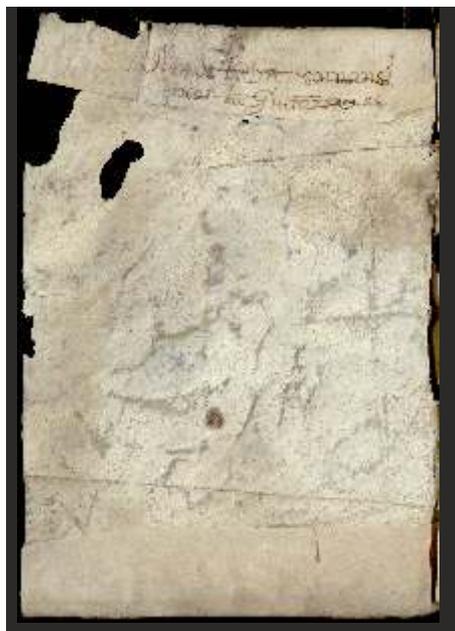
**Representación que pertenece a un novenario de almas
Anónimo (Círculo de Pere Pau Muntanya)**

*Pintura al Temple sobre tela
Museo Comarcal de Manresa 10038*

ÁMBITO V: TESTIMONIOS

En la Girona moderna la mayor parte de la población quedaba totalmente al margen de la cultura letrada. Algunos aprendieron a leer, a escribir y a contar, por gusto u obligación, como los eclesiásticos, juristas y notarios, por supuesto, o los comerciantes que montaban una tienda o fundaban una empresa mercantil. Sin embargo, los artesanos y campesinos también debían llevar sus cuentas o bien confiar la tarea a terceros puesto que necesitaban saber y satisfacer las cargas que pesaban sobre el

patrimonio y el trabajo familiar, asesorar a los herederos en el manejo de la casa y del oficio o tomar nota de algunas oraciones de moda y remedios caseros más o menos eficaces. A pesar del carácter esencialmente pragmático de este tipo de escritos, algunos de sus autores también expresaron los acontecimientos y estragos de su tiempo, a la manera de cronistas o memorialistas, e incluso alguna pequeña satisfacción íntima.



Un aficionado a la guitarra
*Libreta de cuentas, anotación
 en la cubierta interior*

AMGI-Archivo Municipal de Girona
 reg. 62629 UI 12664



**La monja Teresa Mir escribe su
 autobiografía espiritual,
 Primera mitad s. XVIII**

UB, CRAI, Biblioteca de Reserva, MS: 6, p.23



Textos: Francesc Miralpeix i Xavier Torres

Dibujos: Jordi Sagrera

Diseño gráfico: Babooh! Disseny i comunicació

Revisión ortográfica: CNL-Girona

Traducciones: Esther Rico

Amb la col·laboració de: Centre de Restauració i de Béns Mobles (CRBM) de Valldoreix



MHG

Carrer de la Força, 27 • 17004 Girona • T. 972 222 229
museuhistoria@ajgirona.cat • www.girona.cat/museuhistoria

 @Gironamuseus

 facebook.com/gironamuseus

Ajuntament  de Girona

 Diputació de Girona



MUSEU D'HISTÒRIA DE GIRONA

Con la colaboració de

CRBMC
Centre de Restauració de
Béns Mobles de Catalunya

 Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura